

El regreso de la imagen

Jorge Luis Arcos

La primera virtud del libro *La vigilia cubana. Sobre Antonio José Ponte*, compilación de ensayos realizada por Teresa Basile, es su coherencia intelectual. Un nutrido grupo de críticos y ensayistas de las academias argentina (José Javier Maristany, Gonzalo Oyola, Teresa Basile, Mónica Bernabé y Paula Aguilar), norteamericana (Daniel Balderston Francisco Morán, Esther Whitfield, Jacqueline Loss, Dierdra Reber), española (Mercedes Serna), un ensayista cubano de la diáspora, radicado en México (Rafael Rojas), y una importante poeta y narradora insular, radicada en Cuba (Reina María Rodríguez), asedian la obra poética, ensayística y narrativa (novela y cuento) de quien es uno de los escritores más notables de la literatura cubana contemporánea, Antonio José Ponte, quien radica en Madrid desde 2006.

Coherencia intelectual, escribía, sobre todo por la profunda cala crítica alcanzada sobre las distintas aunque concurrentes modalidades expresivas con que se ha configurado la obra de Ponte. Pero coherencia, acaso, derivada en parte también de la propia obra pontiana, la cual, desde diferentes géneros, es capaz de articular un estilo de pensamiento y de expresión que atrae como un imán, hacia un poderoso centro discursivo e imaginal, todas las reflexiones e incitaciones que su obra provoca. Este dinamismo interno de su obra se refleja en las lecturas críticas aquí reunidas, las cuales muchas veces no pueden constreñirse a un género específico, aunque de hecho así lo intenten, porque lo que se impone a la postre es una cosmovisión. Una cosmovisión,

Teresa Basile (compiladora): *La vigilia cubana. Sobre Antonio José Ponte*; Rosario, Argentina, Beatriz Viterbo Editora, Biblioteca Ensayos críticos, 2009, 294.

me gustaría aventurar, poética o imaginal. La extraordinaria singularidad literaria de la obra de Ponte no permite una fácil o empobrecedora intelección crítica, tan frecuente en la academia contemporánea. Aun en el ensayo, la prosa de Ponte, aguda, irónica y profundamente reflexiva, no merma su riqueza literaria. Alguna vez escribí que toda la obra de Ponte pertenece ya a una selecta historia de la imaginación. En este sentido, como en Lezama o Borges, su obra se impone en primer lugar desde la configuración de un estilo y, en segundo lugar, desde la expresión de una cosmovisión muy singular. Estilo y cosmovisión, entonces, indiscernibles.

Una de las marcas más acusadas de esta suerte de aleph pontiano es la que se deriva de la índole de su mirada. Una mirada que siempre parece situarse en los márgenes de la realidad, pero para, desde allí, asediar el centro y hacerlo estallar, es decir, devolverlo a una incesante movilidad y temporalidad dialécticas. El movimiento de su mirada es irreprimible, no conoce la detención, no aspira nunca a constituirse en centro a la misma vez que no quiere vararse en su periferia. Como un esgrimista, un torero, un sujeto danzante, un cazador, o un detective (*salvaje*, podría agregar, a la manera de Bolaño) la mirada de Ponte nos revela un mundo vivo, contradictorio, múltiple, singular. Una imagen viva de la realidad, como en una constante sucesión de muerte y resurrección. Y cuando se piensa que el objeto mirado es la realidad cubana de la Revolución, entonces su estilo adquiere un carácter cuando menos paradójico, porque dinamiza lo estático, diversifica lo totalitario, relativiza lo teleológico, pregunta la certidumbre, matiza lo homogéneo, margina lo central. Como en las marginalias medioevales ensancha hacia los bordes la centralidad tradicional. Como en el mito de San Jorge y el Dragón existe una turbia pero conmovedora (si no trágica) relación entre el cazador y la presa. No le interesa a Ponte adquirir trofeo, sino hacer visible el movimiento de su estocada. Movimiento, pues, que se convierte en imagen.

Una primera impresión pudiera conducir al lector a pensar que Ponte se complace en caotizar la realidad, que se regocija en la destrucción, cuando en realidad lo que hace es develar una máscara, o acceder a ese punto misterioso donde la realidad se

convierte en río, donde todo es lo mismo y a la vez otra cosa, en movimiento que gustaría a Borges y que reverencia al Oscuro. Acerca lo lejano, lejaniza lo cercano. Por eso hay siempre esa sensación de naufragio inminente, como si todo se tensara en una orilla, borde, confín, frontera inauditos. Y recuérdese que, como ya pudo vislumbrar José Gorostiza, «no es agua ni arena la orilla del mar».

Si algo se desprende de este libro, tan sabiamente construido por Teresa Basile, es la sensación de lo inacabado. Esto, que pudiera a primera vista hacer pensar en lo contrario a una coherencia, en lo opuesto a la objetividad discursiva (tan vana y empobrecedoramente perseguida por la instrumentalidad académica tradicional), es otra de sus numerosas virtudes. A pesar, por ejemplo, del notable rigor con que Basile reconstruye una historia de los complejos avatares de la cultura cubana de los últimos treinta años de la Revolución cubana, a través tanto del desciframiento de la reflexión pontiana como de las diferentes estrategias legitimadoras del discurso hegemónico del poder, lo que queda como saldo es la constatación de la necesidad de un movimiento hacia el futuro. Claro que toda relectura presupone el cuestionamiento de una historia oficial, implica una diferente mirada sobre el pasado, pero no para acceder a una distinta centralidad canónica sino para abrir precisamente el canon hacia territorio desconocido. Quizás sea esa sensación de espiral inconclusa, y esa soterrada pero poderosa avidez por rescatar un movimiento y no una fijeza, una imagen viva y no una definición, lo que convence al lector de que hay una pulsión, una avidez, una necesidad legítima en la propia realidad (que emana ya no solo de la mirada de Ponte o incluso del crítico que comenta su obra) de abocarse hacia un destino ulterior. Como diría Nietzsche: lo importante es el flechazo, no el blanco. Entonces se siente la carnalidad o vitalidad de un pensamiento. El extenso ensayo de Basile («Interiores de una isla en fuga. El *ensayo* en Antonio José Ponte»), que sirve además como columna central de todas las incisivas pero necesariamente parciales detenciones de los diferentes ensayos o críticas puntuales que preceden a su reflexión final, describe, cuestiona, relaciona, indaga, profundiza, complejiza todo un proceso histórico y cultural tanto a través de la relectura que ha

hecho una nueva generación de ensayistas y creadores cubanos como de la propia obra pontiana, de la cultura e historia de la Revolución cubana de fines del pasado siglo y principios del actual.

Sorprende, además, el hecho de que sean miradas que, aunque parten de la obra de Ponte, con la excepción de la realizada por Reina María Rodríguez, todas sean perspectivas foráneas. Enfatizo esto porque no es frecuente este tipo de intelección, donde (para una lectura desde adentro, como puede ser todavía la mía, pues hace sólo cinco años que no vivo en Cuba) se conserve casi intacta la legitimidad y la profundidad de la mirada. Tanto daño ha hecho la tantalización interior de la mirada de la cultura oficial como la acompañante complicidad de las lecturas utópicas, mitologizadoras de la crítica foránea. De manera que este libro constituye también una crítica tácita de ese movimiento que viene de afuera y que ayuda a congelar el conocimiento de la realidad de la Revolución. Es, en este sentido, una perspectiva revolucionaria, en su sentido de pulsión cognoscitiva hacia el futuro, con relectura del pasado incluso, pero no para apuntalar una concurrente relectura teleológica, sino para abrirse hacia un movimiento incesante. Lectura, pues, más que revolucionaria, creadora, abierta hacia un confín desconocido. Sensación de presente inacabado siempre, como describió Bajtin el impulso creador, abierto, de la novela... Impulso donde la imagen viva se impone a cualquier definición («definir es cenizar», escribió Lezama), donde es más importante la pregunta que la respuesta, el desasosiego de la incertidumbre que la pesantez de toda certidumbre, la intemperie que la muralla... Y, sobre todo, porque de esta manera se preserva a la imagen de su peligrosa vocación idolátrica. En un siglo, como fue el XX, ahíto de ídolos y demiurgos sombríos: la Historia, el Progreso, la Identidad o Nacionalidad, etcétera, se confía en la naturaleza creadora de una imagen viva, aleatoria, imprevisible, en una suerte de racionalidad *otra* (ni instrumental ni emancipatoria, ni pragmática ni utópica), más acorde con la naturaleza proteica de la literatura, con el sueño incesante de las formas que vendrán, y que ya, acaso, va conjurando un nuevo imaginario para las letras americanas.

Y, por último, una satisfacción: este libro le devuelve al sentido primigenio de toda la obra de Antonio José Ponte* (que no es otro que el de defender su derecho a la imaginación, a la siempre difícil autonomía del escritor), la capacidad de *regresar*; de decir extrañeza donde otros se afanan por encontrar certidumbres; de decir profecía donde otros encuentran utopía, en fin, de reintegrarse libre y creadoramente al territorio de donde se intentó expulsarlo: el de la libertad de la imaginación... ©

* En el año 2003 Antonio José Ponte fue «desactivado» de la Unión de Escritores de Artistas de Cuba. Esto implicaba la imposibilidad de publicar en Cuba y de participar en la vida literaria insular. Muerte civil. Castración de su naturaleza de escritor. Durante los años siguientes se le impidió también viajar al extranjero hasta que se le permitió finalmente hacerlo en 2007. Desde entonces, Ponte vive en Madrid, donde es codirector de la revista *Encuentro de la Cultura Cubana*. Parte de este suceso es recreado en su último libro, *La fiesta vigilada* (Barcelona, Anagrama, 2007).